

hecho para convertir á los indos en monoteístas han sido infructuosas, no han conseguido otra cosa que agregar un dios más á todos los que adoraban ya. Muchos indos musulmanes rinden á Mahoma los honores divinos; su adoración se extiende hasta su yerno Alí; en las clases bajas son igualmente deificados numerosos santos y se confunden con las antiguas divinidades del panteón brahmánico.

Ante una confusión tal de creencias, que condena las almas ignorantes á la más ciega superstición y á veces hasta al simple fetichismo, se han levantado muchas veces reformadores proponiéndose por fin la depuración de los dogmas generales y su unión definitiva en un monoteísmo elevado.

Tal fué Kabir en el siglo xv, que atacando á la vez el Corán y los *Vedas*, intentó sustituirlos por una enseñanza única completamente espiritual. Tal fué Nanak, el fundador de la secta de los sikhs. Tal Ram Mohum Roy, que practicó una especie de religión ecléctica sacada del cristianismo, del islamismo y del brahmanismo. Tal fué el emperador Akbar, que, según toda apariencia, muy escéptico él mismo, no soñó menos en la fusión religiosa de los pueblos que gobernó.

Todos estos reformadores agruparon á su alrededor más ó menos discípulos, pero su triunfo fué siempre limitado y no lograron en suma sino aumentar el número casi infinito de las religiones de la India.

El islamismo tal como se practica en la península ha tomado ese carácter flotante y variable que el indo imprime fatalmente á todas sus creencias religiosas. No ha establecido tampoco, en las regiones en que predomina, esa igualdad de todos los hombres que lo hizo acoger desde luego con tanta ansiedad. Los musulmanes de la India reconocen generalmente las castas, si no en teoría, por lo menos en la práctica.

El islamismo de la India ha tomado del budismo tanto como del brahmanismo. El culto de las reliquias, tan caro á los budistas, se practica por todos los musulmanes. Conservan pelos de la barba del Profeta, como los budistas los tienen de Zakya Mu-

ni. Ciertas huellas son veneradas por los fieles de las tres religiones, que ven en ellas, según su creencia, la señal del pie de Brahma, de Buda ó de Mahoma.

En resumen, el islamismo ha sufrido la influencia de las antiguas religiones de la India mucho más que las ha influenciado. Se conserva muy extendido, sobre todo en la cuenca del Ganges y en el Guzerat; pero cuenta también numerosos adeptos en el Dekkán. En este último país, entre las poblaciones dravidianas, está casi desconocido y se distingue apenas del brahmanismo.

Pero en casi todas las ciudades de la península, la mezquita silenciosa y desnuda se abre al lado de la pagoda recargada de ídolos. A medida que la civilización avanza, que los espíritus se esclarecen, el islamismo gana discípulos. El suavizamiento del fanatismo de las castas, la idea de un Dios único, que realiza progresos hasta sobre esa tierra llena de prodigiosas supersticiones, inclinan más y más las almas ante la grandeza sencilla y majestuosa de Alah. La conquista de la India por la religión de Mahoma no ha terminado. Continúa con un trabajo sordo y lento que de ningún modo ha detenido la pujante dominación de la Inglaterra cristiana.

9.º—INFLUENCIA DE LA RELIGIÓN SOBRE LA MORAL ENTRE LOS INDOS

En nuestro artículo consagrado á la constitución mental de los indos hemos indicado ya cómo entre ellos separa la religión de la moral un verdadero abismo.

Debemos de nuevo insistir sobre este punto, difícil de comprender para nuestros espíritus occidentales. Entre nosotros, en efecto, y desde hace siglos, la moral, es decir, la regla de nuestra conducta en general, y sobre todo en nuestras relaciones con nuestros semejantes, se deriva directamente de la religión. Está con ella tan estrechamente ligada, que comenzamos apenas á imaginarla independiente del principio religioso.

Para el indo la independencia entre la religión y la moral es

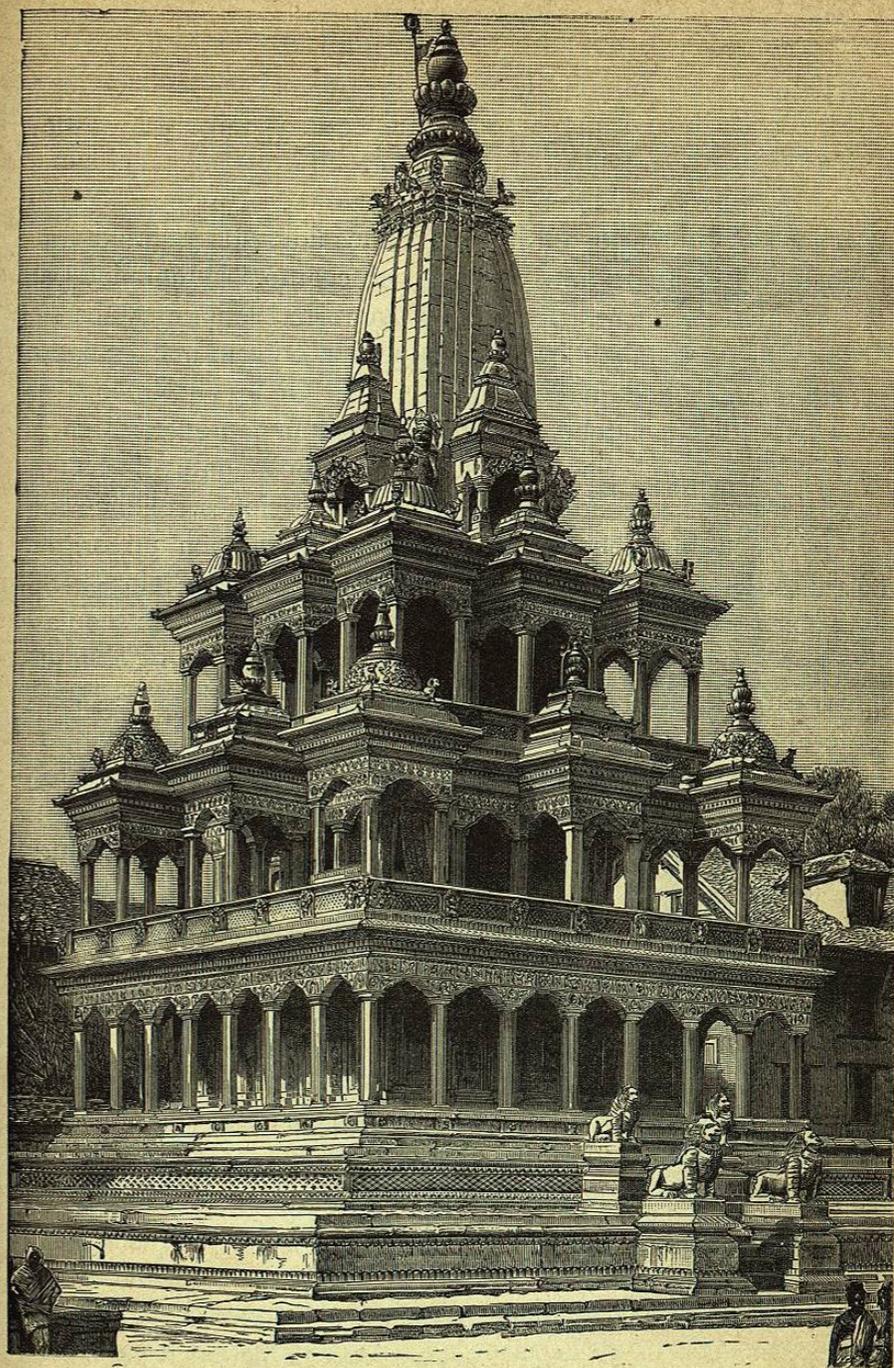
tan completa como puede serlo. Se ha dicho de él con razón que era el más religioso de todos los pueblos. Desde el punto de vista de las ideas europeas, podría decirse, con no menos razón, que es quizá el menos moral.

Agradar á los dioses y hacérselos favorables es el fin que persigue el indo en sus más ínfimas acciones, y jamás cesa este fin de ofrecerse á sus ojos. Le produciría, empero, la mayor sorpresa si se intentase persuadirle de que los dioses se interesan en lo más mínimo en la honradez de sus relaciones con sus semejantes, en la castidad de su vida, en la formalidad de su palabra y de su conducta, y que esos seres todopoderosos tienen la menor intención de irritarse si roba el bien de su vecino ó si practica el infanticidio.

Ciertamente su venganza podrá castigarle severamente si olvida decir sus plegarias, si no lee los libros santos, si se ausenta de las ceremonias religiosas, si da muerte á una vaca, si no cumple las purificaciones requeridas, si no se lava las manos antes de comer, por ejemplo, ó la boca después de su cena.

Véanse las faltas que excitan la cólera de los dioses. Los ritos prodigiosamente minuciosos y numerosos que acompañan los menores actos de la vida del indo han sido instituidos para honrar á las potencias celestes, para desviar su cólera ó atraer su bendición. Esos ritos emanan directamente de la voluntad divina, lo mismo que para los cristianos los mandamientos de Moisés; pero entre estos últimos hay seis que son mandamientos morales.

«Honra á tu padre y á tu madre, no mates, no hurtes, no cometas adulterio» nos ha sido tan frecuentemente repetido en nombre de Dios, que pronunciar los mismos preceptos en nombre de la humanidad sola parece casi una blasfemia á ciertas conciencias europeas. Entre los indos, los dioses no mandan nada semejante. Reclaman sacrificios, peregrinaciones, penitencias, plegarias, el cumplimiento de mil ritos exteriores á cada instante practicados, y no se inquietan por nada más. Lo demás es cosa de los hombres; es el lado material, utilitario y práctico de



PATÁN (Nepal). — Gran templo de piedra frontero al palacio real

la vida, que está muy por debajo de las preocupaciones divinas.

Por otra parte, ¿cómo pensar que la estricta moralidad de una vida pueda ser agradable á dioses que dan los primeros el ejemplo de la inmoralidad? Se ha hecho burla de Júpiter griego libertino, de Mercurio ladrón y de Venus adúltera. Estas divinidades tampoco eran muy exigentes en cuanto á la moralidad de sus adoradores. Entre los griegos también la moral estaba separada de la religión. Los dioses indos no tienen más escrúpulos ni más castidad que los habitantes del Olimpo helénico.

Dos órdenes de deberes dominan absolutamente la existencia del indo: las prescripciones religiosas propiamente dichas, es decir, los actos de adoración, y las purificaciones, que entran también en los deberes religiosos, aunque tienen un origen distinto. Creó los primeros la necesidad de atraerse dioses formidables que pueden desencadenar las tempestades, las sequías, las epidemias; los segundos tienen por origen la obligación de purificarse de todo contacto accidental con individuos de castas inferiores.

La observancia de esas dos prescripciones fundamentales, hacerse los dioses propicios por actos de adoración y asegurar la pureza de su casta, constituye casi todas las leyes morales del indo. Las que contienen las leyes de Manu se refieren de una manera ó de otra á esos dos órdenes de necesidades. Todas las demás obligaciones morales, que entre los occidentales se derivan de la religión, no tienen, por lo contrario, en la India ninguna relación con ella.

No hay más que fijarse en las leyes de Manu: se verá que la infracción de ritos pueriles en apariencia constituye para el indo un espantoso crimen, purgado sólo por tormentos y con frecuencia hasta por la muerte; mientras que robos y homicidios pueden ser expiados por las penitencias más ligeras.

A excepción del adulterio, que turba tan profundamente la constitución de las familias, y por consecuencia la de la raza, todos los pecados de la carne tienen poca importancia para los indos. Los cultos voluptuosos que practican les conducen más

bien á la licencia, y el amor no es criminal sino cuando se pone en un ser de casta inferior.

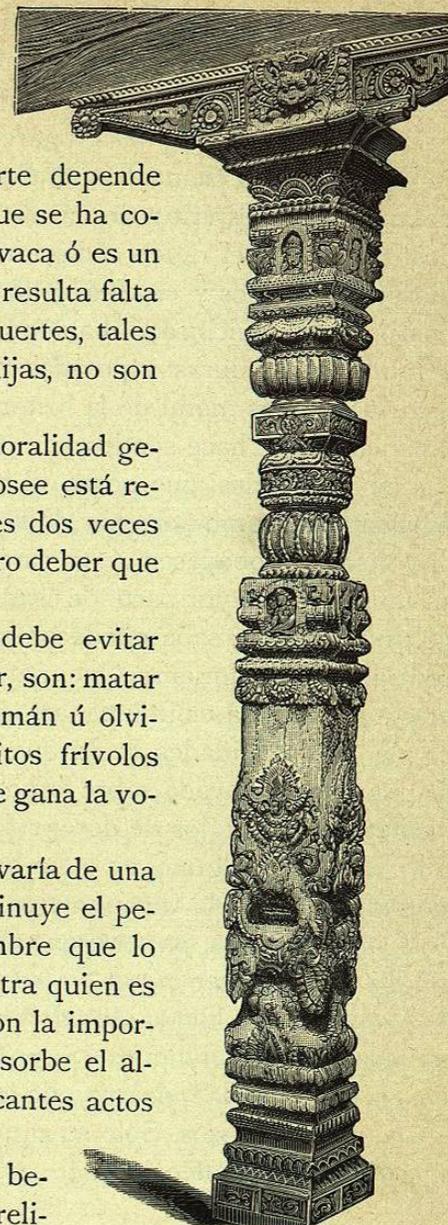
La culpabilidad por muerte depende del rango de la persona en que se ha cometido. Si la víctima es una vaca ó es un bracmán, el crimen es grave; resulta falta en todo otro caso. Ciertas muertes, tales como el infanticidio de las hijas, no son ni siquiera faltas.

No solamente es débil la moralidad general del indo, la poca que posee está reservada todavía á los hombres dos veces nacidos. El sudra no tiene otro deber que el de la obediencia absoluta.

«Todos los pecados que debe evitar un sudra, dice el obispo Héber, son: matar una vaca, ofender á un bracmán ú olvidar uno de los numerosos ritos frívolos por los cuales se supone que se gana la voluntad de los dioses.»

Esta mezquina moral, que varía de una casta á otra y agrava ó disminuye el pecado según el rango del hombre que lo comete, y el de la víctima contra quien es cometido, no es comparable con la importancia de una religión que absorbe el alma é invade los más insignificantes actos de la vida.

«El indo camina, se sienta, bebe, come, trabaja y duerme religiosamente.» Esta frase de un indo es rigurosamente exacta. Jamás se pone en viaje el indo, no comienza una comida, no encuen-



PATÁN (Nepal). — Columna de madera esculpida, de una casa particular

tra un amigo, no se entrega al sueño, sin invocar á los dioses. El corte de sus vestidos, el número y la forma de sus joyas, todo está ajustado á un sentimiento religioso. Su país es aquel del mundo en que hay más lugares religiosos.

El único gran elemento moral que ha penetrado la naturaleza del indo es el espíritu de caridad búdica. Este espíritu se ha deslizado hasta el rígido código inventado para el placer de los dioses fantásticos y crueles, y no para el verdadero bien de los hombres. Ha dulcificado, ha añadido preceptos de amor y de liberalidad á las duras y pesadas prescripciones. El período búdico fué el más moral de la historia de la India y su influencia bienhechora se hace sentir aún.

Las cualidades que posee el indo, tales como la dulzura, la fidelidad á sus amos, el amor de la familia, un admirable espíritu de tolerancia, obedecen á su carácter y son independientes de su moral. La mayor parte de esas cualidades son, por lo demás, del todo pasivas: sabe obedecer y nunca es mejor que cuando cede al yugo de un amo. Que, por lo contrario, mande, y se convierte en seguida en injusto, arrogante y tiránico. No hay ninguna de esas cualidades de la que pueda decirse que es el fruto de una moral apoyada sobre la base potente de la fe religiosa y fortificada por siglos de desenvolvimiento. La moral no ha nacido en modo alguno en la India, mientras que la religión ha ejercido allí en todo tiempo un prodigioso imperio.

El indo es, pues, un ser esencialmente religioso, pero no es de ningún modo un ser moral. Su natural fácil y dulce está habituado á rendirse á la fuerza de un clima que le arranca toda energía por una larga servidumbre. Si no tuviese más freno que su conciencia moral, sería quizá uno de los pueblos del globo más feroces y más peligrosos. Sólo su carácter ha podido convertirle en uno de los más inofensivos.

CAPITULO III

INSTITUCIONES, USOS Y COSTUMBRES

EL MUNICIPIO Y LA PROPIEDAD. — LA FAMILIA. — LAS CASTAS. — EL DERECHO Y LAS COSTUMBRES. — EL AGRICULTOR Y EL OBRERO. — VIDA PÚBLICA Y PRIVADA DE LOS INDOS.

I.º — EL MUNICIPIO Y LA PROPIEDAD

El municipio, desde la más remota época á que pueda hacerse remontar la historia de la India, aparece como un grupo político organizado, completo por sí mismo y por encima del cual sólo está el Estado.

A decir verdad, el municipio es la verdadera patria del indo. Responde para él á todas las necesidades sociales, ofreciéndole á la vez el gobierno paternal que le protege, el juez que hace triunfar su derecho, el sacerdote que dirige su alma, el médico que cura su cuerpo, el poeta y la bayadera que encantan su espíritu y sus ojos, y los conciudadanos que se agrupan á su alrededor como una familia de que fuera hijo.

¿Qué podría el indo pedir más á la gran patria ficticia que se ha intentado con harta frecuencia crear para él? Nada espera de ella, no la reconoce. Todo lo que de ella sabe es que la ha debido siempre un pesado tributo. Cualquiera que sea el conquistador que haya formado violentamente esa patria por la fuerza de las armas, ese conquistador, indígena, musulmán ó cristiano, se ha mostrado igualmente duro para el cobro del impuesto, y puesto que el aldeano debe siempre obedecer y pagar, poco le importa á quién.

Así las revoluciones, las guerras han pasado, los imperios se han formado y han perecido sin que el ciudadano indo se haya inquietado lo más mínimo. No habiéndole sus dueños su-